

Homilia del 21 de Mayo de 2017

Cada vez que leo la segunda lectura de hoy, pienso en mi hija Suzanne cuando ella era una adolescente. Suzanne tenía muchas amigas, pero su amiga, Jean, era más que una amiga; ella era más como una hermana. A menudo el padre de Jean fue requerido viajar a Washington, D.C., y de vez en cuando, aún afuera de los Estados Unidos debido de su profesión. La madre de Jean a veces viajaba con su marido, y mientras sus padres estaban fuera de Ames, Jean y su hermano vivían con nosotros.

Fue durante este tiempo que mi esposa, tres hijos, y yo nos convertimos en cristianos católicos. Nuestra hija Suzanne estaba tan entusiasta sobre su fe que quería que sus amigas entendieran exactamente lo que ella había llegado a entender. Un día ella y Jean entraron en una discusión, y Suzanne fue tan vehemente y asertiva que ella lastimó a Jean gravemente.

Suzanne me dijo lo que había ocurrido y estuvo apesadumbrada que ella había lastimado a su amiga Jean. Al hablar sobre lo que pasó, fue claro para mí que el entusiasmo de Suzanne había cruzado la línea a lo que pareció ser arrogancia. Ella iba a convencer a su amiga de sus errores y malentendidos.

En el Evangelio de hoy oímos a las palabras de Jesús a su apóstoles cuando los preparaba para su salida. Él les prometió a ellos y a nosotros que al salir, enviaría «otro Consolador que esté siempre con [nosotros], el Espíritu de verdad». Jesús sí envió «otro Consolador», el Espíritu Santo, para estar siempre con nosotros, y el Espíritu Santo es «el Espíritu de verdad.» Encontramos las siguiente palabras en *El Catecismo Católico de los Estados Unidos para Adultos*:

El Espíritu Santo viene a nosotros como un maestro del significado y profundidad de la Revelación. [El Espíritu Santo] también nos llena de poder, de la gracia de entender las enseñanzas de la Iglesia y de la sabiduría para ver como estas se aplican a nuestras vidas. Finalmente, el Espíritu [Santo] nos da valentía en nuestros corazones para que podamos ser testigos de lo que creemos tanto ante los creyentes como ante los no creyentes, pp. 110-111.

Pero aquel «Consolador», aquel «Espíritu de verdad», el Espíritu Santo, siempre llega a un receptor imperfecto y defectuoso. Aunque como San Pablo nos dice en su carta a la Iglesia en Roma, nacemos con la ley de Dios escrita en nuestros corazones (cf. Romanos 2:15) y aunque recibimos el Espíritu Santo en bautismo, la familia y la comunidad en las cuales nacemos tienen que nutrir ese Espíritu recientemente nacido dentro de nosotros. Si no es nutrido, nuestra capacidad a abrimos puede ser disminuida.

Por palabras y acciones, los amigos y la familia nos pueden decir que nos aman, pero pueden comportarse en maneras sin amor hacia nosotros. Se hace difícil creer en el amor de Dios cuando aquellos alrededor de nosotros nos muestran un amor que es condicional y distorsionado.

Homilia del 21 de Mayo de 2017

Los sonidos y acciones fuera de nosotros lo hacen difícil para nosotros oír al susurro del Espíritu dentro de nosotros. Tenemos que ser enseñados las verdades de Dios.

La verdad máxima de Dios es que él es amor. Tenemos que aprender a abrirnos al amor que es auténtico y incondicional. Cuando una verdad se hace más importante que el amor, entonces hemos perdido todo. Como San Pablo nos dice en el capítulo trece de Primero Corintios:

Aunque hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si me falta el amor sería como bronce que resuena o campana que retiñe. Aunque tuviera el don de profecía descubriera todos los misterios y la ciencia [y verdad] entera . . . , si me falta el amor nada soy (1-Corintios 13:1-2).

Nuestra hija Suzanne creía que ella había recibido el Espíritu Santo y le hablaba la verdad a su amiga Jean. Ella quería que Jean compartiera el entusiasmo y la alegría que ella sintió cuando se convirtió a una cristiana católica, pero su proclamación triunfal de sus creencias no era una respuesta cariñosa a su amiga. Estoy agradecido a Dios que Suzanne se apesadumbró que ella lastimó a su amiga y estuvo ansiosa de tratar de curar el daño. Cuando ella y yo hablamos sobre la manera en la cual ella le había hablado a Jean, le pregunté a ella si sabía lo que había escrito San Pedro sobre la manera en que debemos hablar acerca de nuestra fe. Ya que ella no sabía el pasaje, se lo leí a ella: «. . . [estén] dispuestos siempre a dar, al que pidiere, las razones de la esperanza de ustedes. Pero háganlo con sencillez y respeto . . .» (1-Pedro 3:15b-16a). Ella leyó y releyó el pasaje. Un día vine en su habitación y vi que ella había hecho un letrero que colocó sobre la cabecera de la cama: «. . . [estén] dispuestos siempre a dar, al que pidiere, las razones de la esperanza de ustedes. Pero háganlo con sencillez y respeto»

Ciertamente todos nosotros debemos compartir nuestra fe. Debemos compartir la verdad, la sabiduría, que hemos ganado, pero debemos compartir nuestra fe con humildad, quizás aún con un sentido de humor, pero sobre todo debemos compartirlo con amor que es profundamente compasivo. Eso es la verdad profundamente amorosa que San Pedro nos proclama en la segunda lectura de hoy:

Cristo murió, una sola vez y para siempre,
por los pecados de los hombres:
él, el justo, por nosotros, los injustos,
para llevarnos a Dios.
Amén.

Que siempre nosotros recordemos que, sí, debemos estar listos a explicar nuestra fe, pero debemos explicarla con «sencillez y respeto», respeto y también reverencia tanto por Dios como por la persona a quien le estamos hablando.